

CONFERENCIA

EL LIBRO PERDIDO*

*texto leído en la Universidad de Poitiers, mayo 2011

JUAN CARLOS MÉNDEZ

INSTITUTO CERVANTES

mendezguedez@yahoo.com



Rufino Blanco Fombona. Fuente: Creative Commons

A Freddy Castillo Castellanos

1

Con los años, un novelista sabe que la idea de comenzar por el principio es tan buena o tan mala como cualquier otra. Por eso no me angustié cuando, al pensar en esta charla, las ideas, las inquietudes y las perplejidades que me surgían no aparecían en esa sucesión predecible que nos lleva desde los antecedentes remotos de un tema hasta sus consecuencias actuales.

Estuve pensando, luego, en armar estas palabras como en la magnífica novela del croata Miljenko Jergovic, *La casa de nogal*,

y mirar los hechos desde su presente hacia su pasado, como en una suerte de viaje a la semilla; o en utilizar la alternancia temporal de una novela como *Cubagua*, en la que el pasado y el presente dialogan de manera insospechada, casi mítica, atemporal.

Solo que, al final, decidí que estas palabras tuviesen el impulso y la disagregación propias de la vida y sus pulsiones contradictorias. Me parecía que era el modo de interpretar el ritmo que me generaba la lectura de los diarios de Blanco Fombona. Saltos. Chispazos. Quiebres. O como él mismo dice en el comienzo de sus diarios, allá en el año 1901: «Esta obra será lo que mi vida: un magnífico desorden».

Igual no dejó de preguntarme por qué siento la necesidad de plantearme otras formas de ordenamiento, como si los diarios de Blanco Fombona saltasen hacia territorios donde el presente, el pasado y el futuro no alcanzasen a definir los pliegues de lo real. Me lo pregunto: ¿sabré responderme?

2

Hace poco, el poeta Rafael Castillo Zapata anunció la próxima publicación de sus diarios. Esta experiencia vendría a sumarse a la que, desde hace unos años, lleva a cabo el poeta Alejandro Oliveros. Esto no sería una noticia llamativa si el género fuera un paisaje visible, frecuente o reiterado dentro de la litera-

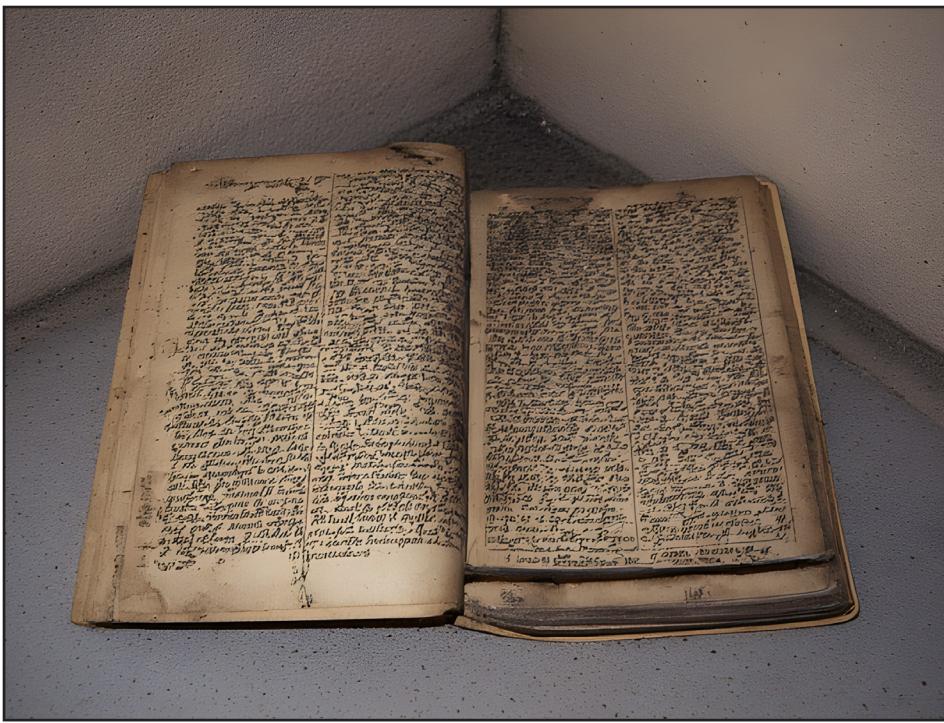


Ilustración generada por I.A

tura venezolana, como sí lo es en la España actual. Sin embargo, si vuelvo la vista atrás, no recuerdo demasiadas incursiones recientes en el diario por parte de nuestros escritores.

Pienso, al menos, en un par de experiencias que permanecen casi totalmente inéditas: las de Freddy Castillo Castellanos y José Balza. A ambas he tenido acceso fortuito, de viva voz; sé que algunos ensayos de Castillo Castellanos surgen de sus diarios, y algo similar sucede con ciertos textos ficcionales de Balza. También, por supuesto, está la espléndida aventura dialógica de Rojas Guardia, cuya primera noticia tuve en 1991 con su *Diario merideño*. Luego pienso en el *Diario nómada* de Ennio Jiménez Emán, publicado en 2002, o en los diarios de Argenis Rodríguez —disponibles en internet—, que reflejan una mente atormentada por el deseo de la escritura y el desbordamiento de un ego que no halla consuelo en la realidad:

«Estoy cansado de vivir en malos hoteles y de comer comida barata. Tengo 35 años y en Venezuela, mi país, ni siquiera tengo un rincón donde llegar. Rehacer mi vida sería abandonar todo trazo de literatura y dedicarme a llevar una vida más o menos normal, estándar; una vida que no me diferencie de los demás retrasados mentales que componen el conglomerado del sitio donde nací. ¡Ya basta de ser un desplazado! ¡Hay que transigir!».

Y pienso, claro, en las páginas de ese diario apenas iniciado que llevó Pedro Emilio Coll durante uno de sus viajes y que fue abandonado a los pocos días. Pero me cuesta encontrar un hilo conductor entre ellos.

Cuando Jiménez Emán cita sus influencias —al igual que cuando lo hacen Castillo Castellanos o el propio Castillo Zapata—, las referencias y antecedentes fundamentales que mencionan no se encuentran dentro del contexto de la literatura venezolana. Ninguno de ellos señala a Blanco Fombona como uno de sus precursores.

¿Es, entonces, la escritura del diario en Venezuela la construcción de un archipiélago, de una rotunda insularidad? Algun investigador podrá, seguramente, responder con rigor a esta pregunta. Ya Violeta Rojo, en un artículo sobre la escritura de memorias durante la época gomecista, trazó un hilo conductor que vincula una serie de títulos. No obstante, Rojo insiste en que, en dichas memorias, los hechos se colocan por encima del «yo» que los relata. Un diario, en cambio —ese otro género de la intimidad—, tiene a mi parecer una intención contraria: allí el «yo» se sitúa sobre los hechos y los narra desde sí mismo, como si el afuera fuese apenas un lugar del adentro.

3

Vuelvo a mi inquietud inicial al armaz

esta charla. Quizás no sigo el hilo temporal, porque es un hilo que siento roto, lleno de lagunas, de territorios invisibles, de zonas de penumbra. El lazo que une a Blanco Fombona con la literatura venezolana contemporánea parece un lazo perdido.

Escribo entonces no para conectar, para descubrir vínculos, sino para evidenciar un extravío.

4

Confieso que para mí uno de los momentos más entrañables de los diarios de Blanco Fombona es cuando hace referencia a ese segmento de sus diarios perdidos, los que comprenden los años entre 1915 y 1927.

Años atrás, en mi libro *El barco en que viajas* me detuve en esta omisión, en esta pérdida de la obra de Blanco Fombona y dije algunas frases que no tengo otro remedio que citar:

Blanco Fombona, un reconocido polígrafo, exclama en algún momento que los mejores años de su vida y su escritura son precisamente los años del diario que le han sido robados por espías del general Juan Vicente Gómez.

Pensemos entonces que la parte fundamental de la existencia de Blanco Fombona en España desapareció para los ojos del escritor. Reflexionemos sobre ese espacio en blanco, ese vacío que adquiere una terrorífica presencia, que se manifiesta con la sonoridad, con el eco de esas habitaciones desnudas y sin muebles que perviven en algunas casas.

Andrés Trapiello refiere que el escritor de diarios tiene la conciencia de completar su obra, y de completar el personaje que ha hecho de sí mismo, a través de la creación de su diario. Al perder lo que Blanco Fombona llama: «los mejores años, los que valían de veras algo, donde está lo más maduro y trágico de mi vida», ese espacio del vacío adquiere una inusitada presencia y se expande como una hiedra venenosa. El personaje que Blanco Fombona creaba desde sí mismo en su escritura y en su existencia, queda parcialmente escamoteado, padece esa enfermedad de lo incompleto. Se transforma en una figura con contornos difusos.

Cuesta entender que en el paisaje de una obra tan extensa como la de Blanco Fombona, el escritor fije su atención precisamente en el libro perdido (en la vida extraviada), pero nada es más llamativo en una casa que aquella habi-



Freddy Castillo Castellanos. Fuente: Creative Commons

tación sin muebles en la que nuestras voces se duplican, se expanden con una consistencia fantasmal. Ese lugar de la casa (ese espacio del vivir y de lo escrito) se transforma en un territorio especial. Dentro de él conviven el horror y el deseo. El miedo gusta de esas habitaciones, de esos vacíos, porque allí puede desarrollar su musculatura. Hay paredes, hay rincones, hay un aire repleto de desconocidas sonoridades, que permiten ese crecimiento de lo que nos agobia y nos espanta.

La habitación vacía, el libro extraviado, convocan también las figuras más nítidas de lo deseante, porque en ese espacio en blanco, en esa nada, deposita el escritor las mayores energías de su expresión. Allí, en ese lugar borrado, el escritor cree atisbar la palabra inédita, el rasgo, el contorno que revelaba y condensaba el brillo, el genio, el gran hallazgo de la totalidad de su obra. «Si me hubieran quitado la vida, me hubieran quitado menos. Lo que me resta por vivir y realizar vale poco; mis días están contados, mis fuerzas decaen. Soy *l'uomo infinito*. ¡En cambio, aquello! Aquello era yo en la plenitud. Aquello era el mensaje que traía y dejaba a los hombres», solloza Blanco Fombona. Se sabe entonces que el libro perdido, intangible, conserva en su pureza los proyectos inabarcables, ambiciosos, que rondan al escritor porque es un libro que no se ve. Es un libro impalpable que no logra desmentir con sus torpezas, sus prisas o retardos la “idea” original, el resplandor sagrado con el que el autor se aproximó a la escritura.

El libro perdido es una herida necesaria. Herida auto infringida. Corte salvaje sobre las propias páginas para limpiar en estas sus excesos, su complacencia. El libro perdido es una cicatriz. La cicatriz erotiza, inyecta humanidad en el paisaje de una obra literaria. Remite al ardor de una experiencia. La herida drena, moviliza y equilibra. La herida tiene una historia a la que solo se accede desde un espacio de intimidad y confidencia.

Cuando acariciamos una piel maravillosa, cuando nos deslizamos sobre ella, pocas experiencias equivalen a ese instante en que palpamos una pequeña imperfección. Detalle que humaniza. Letra. Escritura secreta de un vivir. Solo la intimidad nos permitirá reconocer y descubrir el porqué de una herida.

El escritor que ha extraviado un libro exhibe con tenue parsimonia su cicatriz, y cuando ese libro es un diario, la cicatriz posee mayor importancia. «Soy esta escritura (esta vida) incompleta», pareciera decirnos.

Un autor, aspira siempre a la inhumana perfección. Y esta queda desmentida siempre por la realidad de su escritura. Por eso un texto extraviado permite imaginar que alguna vez se alcanzó ese virtuosismo. Yo quiero imaginar, junto con Blanco Fombona, que allí reposaba lo mejor de su expresión literaria. Lo quiero imaginar porque los fragmentos conocidos de sus diarios son el virtuosismo de una escritura volcánica, inteligente, lúcida.

La escritura que es presencia en nosotros irrumpie como un verdadero brillo, ¿cómo no pensar que esa parte que nos fue escamoteada guarda todavía mayores sorpresas?

Nos gusta el vacío y la pérdida porque escribir es señalar esos espacios. Así que un libro alcanza su mayor esplendor en su imposibilidad. Lo que no está es materia vibrante del deseo; es posibilidad inminente; es el único momento posible de la inaccesible perfección.

5

Vuelvo sobre la presencia de Blanco Fombona en la literatura venezolana actual. Un ensayo de Gustavo Guerrero titulado *Nuestro estricto contemporáneo*, condensa la recepción general que existe sobre su obra. En este ensayo, Guerrero afirma: «había tratado de acabar *El hombre de hierro* y la novela se me había caído de las manos. La poesía de Blanco Fombona no me había dejado mejor recuerdo: ritmos de marcha y fáciles rimas, musiquillas vagamente modernistas», pero también revela su fascinación y su sorpresa al conocer esas piezas maravillosas que son sus diarios.

Quizás eso le está ocurriendo a muchos de sus lectores actuales. Y quizás allí surge ese hilo roto con la contemporaneidad. Porque nuestro autor cultivó con brillo y virtuosismo un género que todavía no alcanza gran popularidad entre nosotros.

Blanco Fombona brilla, en ese punto de nuestro paisaje, donde pocos fijan la mirada.

6

Debo confesar que mi interés parcial por el género nació de la perplejidad que surgió cuando Freddy Castillo Castellanos me hablaba con entusiasmo de autores, de libros, de títulos, y refería con modestia sus propios intentos con el género, unos dieciséis años atrás.

¿Diarios? ¿Escribir la vida? ¿Para qué? Pensaba en ese entonces, cuando creía que toda escritura que aspirase a la trascendencia debía trabajar sobre todo los recursos de la máscara, del desdoblamiento, de la desbordante imaginación.

Hoy en día comprendo que el diario (y el de Blanco Fombona no es una excepción) procura con mayor o menor conciencia trabajar la vida desde el juego de una máscara que es el len-



Gustavo Guerrero. Fuente: Prodavinci

guaje, una máscara que nos desdobra y que nos obliga a imaginar nuestra propia existencia.

7

Dice Steiner sobre los libros nunca escritos: «Acompaña a la obra que uno ha hecho como una sombra irónica y triste. Es una de las vidas que podríamos haber vivido, uno de los viajes que nunca emprendimos... (es el libro) que podría habernos permitido fracasar mejor. O tal vez no».

Pero pienso yo, la carga del libro perdido es de otra intensidad, porque es el viaje que nos arrebató la existencia; es el viaje que sí hicimos, aunque no quede constancia de ello.

Así que me detengo en la idea del fragmento, de las páginas perdidas de Blanco Fombona. Porque ellas son el sueño de todo escritor. Depositar el deseo, depositar la fe de nuestra expresividad en unas páginas que ni el tiempo, ni la indiferencia, ni la incomprendición podrán socavar.

Todos deberíamos perder alguna vez uno de nuestros libros, algunos fragmentos de nuestra escritura.

8

Enrique Vila Matas ha trabajado en sus novelas a los escritores de una literatura portátil y leve; a los escritores del no (es decir, a esos que abandonan la escritura para siempre); a los escritores que desaparecen

físicamente para comprobar si los lectores o su entorno familiar los echan en falta.

Por suerte, no ha trabajado hasta ahora a los escritores del libro perdido. Les pido que no le comenten nada. Me gustaría trabajar esa historia. Esos autores que saben, o suponen que al menos una vez en su vida su proyecto literario y su realización concreta fueron igualmente notables; que sueñan ese momento en que perdieron el libro que comprobaba su genio.

9

Al situar los diarios de Blanco Fombona, Gustavo Guerrero hace una acotación importante. «Remite mucho más al Barthes de *Roland Barthes por Roland Barthes* que a los hermanos Goncourt y su famoso *Journal*... Y es que Blanco Fombona sabe que la escritura de los diarios solo traduce ya una totalidad inalcanzable cuyo mejor símbolo es quizás el carácter inconcluso e incompleto de esos textos íntimos».

La intimidad son solo los trozos que logramos o podemos recuperar sobre ella. La intimidad más profunda se arma también sobre los olvidos, sobre los balbuceos, sobre lo que perdemos porque nos ha sido arrebatado. Que Blanco Fombona convierta la ausencia de una parte de su diario en nueva escritura, consigue un doble objetivo, vencer el olvido y subrayar que esos fragmentos son la palpitación de una vida: una inmensa elipsis, un inmenso espacio blanco que debemos llenar.

Blanco Fombona logra vengarse de la vida

y de sus robos, utilizando ese robo como pretexto literario para generar más escritura.

Perder un manuscrito es una forma de la muerte. Hablar sobre esa pérdida es construir la ilusión de que hemos vencido a la muerte.

10

La mejor novela, la mejor literatura que hasta ahora he encontrado en Blanco Fombona es su propia existencia, pero no la de ese anecdotario lleno de imprecisiones que lo rodea, sino la que él mismo logró escribir y reseñar.

El diario de Blanco Fombona está al nivel de algunos de los más citados y hermosos textos diarísticos de la actualidad como son los de Alejandra Pizarnik o *La tentación del fracaso*, de Julio Ramón Ribeyro.

11

Anoche soñé que me encontraba en la Intercomunal del Valle, y me dormía en mi cama y allí soñaba que viajaba a Poitiers para buscar un manuscrito extraviado.

12

Yo necesito como autor venezolano sentir que Blanco Fombona es parte de mi más vigente tradición; que es uno de esos abuelos feroces que ayudan a construir el sentido de una escritura.

Yo también quiero y necesito un manuscrito perfecto, irrebatible, un manuscrito donde cada palabra sea el hallazgo, el descubrimiento de un matiz de lo humano que transforme a quien lo tropiece.

Por eso les confieso que esta tarde en Poitiers me encerré en el hotel a escribir. A escribir ese libro maravilloso, indispensable, perfecto, que todo autor sueña. Y no dormiré esta noche hasta acabarlo, hasta que cada línea, cada palabra ocupe su exacto lugar.

Y entonces mañana, en el tren de vuelta hacia París, me ocuparé de perder ese manuscrito, intentaré que me lo roben y diré que allí estaba lo mejor que yo iba a poder hacer en la escritura. Y pensaré al fin que, en ese gesto, que en ese extravío, me estoy aproximado un poco a ese autor llamado Blanco Fombona, ese autor que una vez supo que solo en la escritura que perdemos o nos hurtan, reposa la felicidad de lo que siempre quisimos y nunca pudimos decir.